

La Sonrisa

Jorge Luis Romeu
Syracuse, Abril 8 del 2020.
Copyright

Han pasado más de cuarenta años, y todavía me acuerdo como si hubiera sido ayer. Todo ocurrió a finales de agosto de 1979, en La Habana. Un año antes de salir de Cuba ...

Mi hermano mayor, ex-presos político plantado, había acordado (sin contar conmigo ni decirme nada al respecto) antes de salir del país, con el capitán Andrés Rodríguez¹, un oficial de Seguridad del Estado encargado de su caso, que a mi salida del país, con mi mujer e hijos, este se quedaría con nuestra casa. A cambio, el Capitán Andrés nos ayudaría a salir -nosotros teníamos visas² de varios países, y solo nos faltaba el permiso de salida del gobierno cubano.

Andrés nos llamaba a menudo por teléfono, venía, preguntaba cosas, etc. y no acababa de resolver la salida. Y se daba cuenta de que no estábamos contentos con la situación.

Una noche me llamó y me dijo que quería hablar en privado conmigo. Y que a la mañana siguiente, mandara a mi esposa Zoila con los niños a casa de su familia. Y así se hizo. Tal parece que estaban vigilando la casa, pues tan pronto Zoila salió, Andrés tocó a la puerta.

Cuando le abrí, estaba con otro oficial. Me dijeron que me sentara en la sala, y entraron varios otros oficiales de seguridad, que se repartieron por toda la casa y comenzaron a registrar todo. Al cabo de un par de horas, Andrés y el otro oficial se acercaron con un papel en la mano. Era una lista de los cuentos sobre el UMAP que había escrito, y que había mandado por carta a mi hermana en EEUU. Y ella, a su vez, había hecho publicar estos cuentos en Miami, bajo el pseudónimo periodístico de mi padre: Beltrán de Quiroz.

“Yo sabía que tú estabas *en algo*”, me dijo. “Te has metido en un buen lío!”

Entonces me metieron en un carro patrulla y me llevaron a la 15 Estación³, donde pase un par de horas en una celda hasta que otro patrullero me trasladó a Villa Marista⁴.

En Villa Marista me hicieron quitar la ropa y quedarme en calzoncillo y camiseta. Y me pusieron en un cuarto pequeño, sin ventanas, todo pintado de blanco, donde solo había un sofá sin respaldo, una lámpara de luz fría que nunca se apagaba, y un aire acondicionado fuertísimo,

Al quedarme solo, pasé a hacer recuento de mi situación: el gobierno tenía mis cuentos de la UMAP! Esto no iba a terminar bien, porque no les iba a gustar nada. Me resigné a ser como mi hermano: otro preso político. Me recosté en el sofá y, poco a poco, me fui quedando dormido⁵.

Un tiempo después (no se cuanto) un oficial mulato, muy grande, me despertó:

¹ Supe su nombre al oír una conversación que tuvo con mi hermano; los oficiales de la seguridad cubana solo dejan saber su nombre de pila. Si Andrés no fue destituido cuando el caso Ochoa, debe haber llegado a Coronel, o más.

² De EEUU, Venezuela, Colombia, México, todas conseguidas legalmente.

³ De la Policía Nacional, correspondiente a nuestro barrio, situada a varias cuadras calle abajo de casa.

⁴ La central del Departamento de Seguridad del Estado, en La Habana.

⁵ El día anterior me habían hecho una radiografía y había tenido que hacerme un enema; estaba exhausto.

“Vamos, te van a interrogar”. En la puerta del cuarto me entrego a otro oficial, inmenso, que me dijo: “Mira al piso y sígueme; si paramos, vírate hacia la pared. No me desobedezcas!” Sus palabras estaban muy claras, y no dejaban espacio para discrepancias.

Recorrimos un largo pasillo y entramos en un salón grande, lleno de oficiales. De reojo vi a uno, muy rubio, cuyo fenotipo no era de cubano sino de alemán o ruso. Luego, seguimos por otro pasillo. Al final, llegamos a una puerta. Mi escolta tocó, y entramos en otro cuarto pequeño donde había un buró, tras el cual había otro oficial de mas graduación⁶, con mi expediente y un volumen⁷ de mis cuentos del UMAP. El Tte. Oriol, después de las introducciones y amenazas de rigor, abrió el libro y me lo dio, diciendo:

“Léeme este cuento: *El Sargento*”, que yo hice, bien despacio.

Entonces preguntó: “Como pudiste escribir eso?” Le respondí: “Todo eso fue verdad!”

“Cómo los mandaste para fuera, y los publicaste. Cómo los sacaste del país?”

“Por carta; los mandaba uno a uno por correo, a mi hermana Raquel en Syracuse”.

“Esto es muy grave; te has metido en un problema muy serio”, me dijo.

“Yo no soy un autor conocido; mis cuentos no son hoy un problema para el gobierno.

Pero si Uds. me condenan, me harán famoso. Y entonces sí que la gente los va a leer. Yo tengo otros treinta cuentos afuera, sin publicar”

La entrevista continuó un tiempo mas, tras lo cual fui devuelto de nuevo a mi *cuarto*, de la misma forma en que me llevaron. Cuando quede solo, me dormí de nuevo⁸.

No sé cuánto tiempo pasó. El oficial mulato entró, me despertó y me entregó de nuevo a mi escolta, quien me llevó de la misma forma al mismo cuarto de interrogatorios. El Tte. Oriol me volvió a preguntar cómo había sacado mis cuentos de Cuba. No acababa de creer que había sido por el correo ordinario. Pensaba que tenía contactos en embajadas, o algo así. Y me dijo que iban a registrar de nuevo mi casa, pues los que me habían arrestado eran del DTI (Policía civil) y no de Seguridad del Estado. Y que un segundo registro podría ser más intensivo.

“Bueno, registren todo lo que quieran! Lo que tenia es lo que Uds. encontraron⁹.”

Seguimos con el tema de que hacer conmigo: si encerrarme o soltarme. Yo les dije que yo no era un político. Y que mis cuentos reflejaban experiencias humanas bajo circunstancias difíciles, que habían sido creadas por el gobierno en sus campos del UMAP. Si me soltaban, lo que haría sería esperar mi salida del país, tranquilo en casa. Si me condenaban, entonces ya no tenía nada que perder. Y la prensa extranjera se encargaría de hacer un héroe de mi persona.

⁶ Al final de mi “estancia” de dos días en Villa Marista, cuando firmamos el acta de mi detención, me fijé en la firma de este oficial de la seguridad: Oriol Pino, Primer Teniente. Tendría mi edad, más o menos.

⁷ Lo reconocí porque mi sobrina me había mandado uno, con un compañero de Universidad que había visitado Cuba un año antes, y que yo había prestado a un par de viejos amigos, de absoluta confianza.

⁸ Mi mujer, por su parte, fue entrevistada en casa por el Capitan Andres, quien le dijo se fuera con los niños a casa de sus padres. Ella le contesto que no se iba de la casa de ningún modo; y que el gobierno estaba cometiendo un gran error, pues yo era un desconocido y, con mi detención y condena, me iban a hacer un héroe.

⁹ En realidad, yo tenía no solo una lista, sino los borradores de los cuentos que yo había escrito, en una libreta que estaba sobre la mesa de comer los niños. Mi mujer la había cargado de ropa sucia para lavar, y la policía no los vio.

Me preguntaron si me hacía falta algo. Les dije que no había tomado agua ni ido al baño, desde que me trajeron. Me llevaron de nuevo a mi cuarto, donde me dieron de comer, de beber y pude ir al baño. Entonces me tiré de nuevo en el sofá, y me dormí.

No sé cuánto tiempo paso; el oficial mulato abrió la puerta y me entrego a mi escolta. Fui de nuevo a otra entrevista. Esta vez, había otro oficial cuya cara no vi pues la lámpara alumbraba solo la mesa, y el resto del cuarto estaba oscuro. Me volvieron a preguntar sobre cómo yo había sacado los cuentos. También habían encontrado una carta pastoral de Mons. Pérez Serantes, del año 1960, posiblemente guardada por mi hermana. Aparentemente, esto constituía otro delito. Y cómo iban a resolver el problema? Si me soltaban, estaría yo dispuesto a esperar en casa nuestra salida sin crear más ningún problema? Les dije que sí, que lo que quería era salir del país.

Me volvieron a conducir a mi cuarto, y me volví a tirar en el sofá –pero no me dormí. Me puse a pensar en las distintas soluciones que podría tener este asunto, y sus implicaciones.

Paso un tiempo indefinido, y se abrió nuevamente la puerta. El oficial mulato, mostrando una gran sonrisa, me entregó a mi escolta. Su sonrisa anunciaba claramente que el final estaba cerca, y que iba a ser positivo. Esa sonrisa, nunca la podre olvidar.

Esta vez, el Tte. Oriol abrió sobre la mesa un documento formal, que me leyó en detalle. Yo aceptaba que había escrito y publicado, fuera de Cuba, un libro y otros cuentos que “podrían ser utilizados en contra de la revolución” lo cual era cierto. Y que este delito conllevaba una pena de hasta doce años de cárcel. Que se me dejaba “liberado culpable” regresar a mi casa para allí esperar, sin cometer ningún otro delito, la salida del país. Y que si daba lugar a un nuevo arresto, tendría que cumplir la susodicha condena pendiente, mas cualquier otra que se me impusiera.

Los dos firmamos dicho documento y entonces, el Tte. Oriol me preguntó:

“Jorge Luis, que tu pensaste cuando llegaste aquí y te interrogamos por primera vez?”

“De verdad quiere que le diga, Teniente, lo que pasó por mi mente?” “Si!” contestó.

“Pues bien” le dije: “Jorge Luis, te jodiste!”

Me devolvieron mi ropa y cosas. Un teniente de mas edad me montó en su jeep y me condujo de regreso a casa. En frente, había ya un patrullero esperando. En el portal de casa me esperaban, mi esposa y la Presidenta del Comité de Defensa. El teniente que me trajo entro, me entregó como si fuera un paquete, y dijo:

“Aquí te dejo, bajo la custodia de tu esposa y del Comité. Si te estás tranquilo, cuando les llegue el momento les devolveremos los pasaportes y documentos, y los dejaremos salir. Pero si te metes en otro problema, vendremos por ti, y no volverás a salir de la cárcel. Entendido?”

Yo me sonreí y le conteste: “Entendido!”

Al quedarme solo con mi esposa, Zoila me dijo:

“Le contestaste con una sonrisa. Te hubiera matado!”